

El capítulo sobre el leonés sobresale por su elaborada composición. Los del aragonés y andaluz revelan el creciente interés dedicado recientemente a sus campos respectivos. Son valiosamente orientadoras las sinopsis de la aspiración y del yeísmo. Lamenta el autor no haber podido presentar de manera análoga la igualación de *l* y *r* implosivas, no obstante el anticipado ensayo de A. Alonso y R. Lida. Por falta de información suficiente han quedado igualmente omitidos los resúmenes panorámicos de la africada *ch*, con sus numerosas variedades de articulación y timbre; de la *s*, con los múltiples matices de sus tipos cóncavo, plano y convexo; de la *rr*, en unas zonas vibrante y en otras fricativa, rehilante, asibilada o velar; de la *f*, fluctuante entre la articulación labiodental y la bilabial; de la *-r* final, en unos lugares vibrante y en otros fricativa, sonora, sorda, tensa, débil o perdida; de la *-n* final, con articulación alveolar o velar o reducida a mera nasalización.

Presentar en mapas la distribución geográfica de estos fenómenos obliga a simplificaciones esquemáticas. Cualquiera de ellos, examinado en el habla local de una comunidad, ofrece diferencias entre profesionales, artesanos y obreros o labriegos. Dentro de cada uno de estos mismos niveles, ocurren discrepancias entre ancianos, adultos y jóvenes. Por otra parte, los hábitos lingüísticos femeninos no coinciden enteramente con los de los hombres. Añádase que en el tratamiento de un rasgo dialectal ejerce influencia la condición de las palabras que lo hacen presente. Es sabido, por ejemplo, que la aspiración de la *h* no suele aparecer sino en determinados vocablos, que el número de los vocablos que la mantienen disminuye ordinariamente desde el tercero de los niveles indicados al segundo y desde el segundo al primero, y que en cualquiera de tales niveles los jóvenes la conservan menos que los mayores. El límite entre la aspiración y la no aspiración no es una simple línea sino una fluida faja que se atenúa y desvanece gradualmente.

Son escasas las monografías en que se ha desplegado la agudeza y agilidad de observación que requieren las finas reacciones del habla dialectal en su movible e intrincada condición. Zamora Vicente ha extraído de sus fuentes informativas el máximo provecho que podía obtener. Día tras día irá completando los perfiles de su cuadro. Entretanto, considerando el compás con que se lleva adelante la empresa, no puede menos de sentirse impaciencia ante la lenta marcha y el largo camino por andar.

TOMÁS NAVARRO

Northampton, Mass.

DANIEL N. CÁRDENAS, "Acoustic vowel loops of two Spanish idiolects", en *Phonetica*, Münster, 5 (1960), pp. 9-34.

Los dos "idiolects" de que se trata son las hablas individuales de una mujer colombiana y del mismo autor del estudio. Se echan de menos las indicaciones sobre procedencia regional, clase y profesión que podrían dar idea de las circunstancias lingüísticas de la persona de Colombia. Respecto al señor Cárdenas, profesor en la Universidad de Chicago, puedo decir por mi parte que pertenece a una familia de origen mexicano, del estado de Durango, y que nació y se educó en los Estados Unidos. Su

español, de raíz familiar, se ha desarrollado en los medios escolares norteamericanos.

El propósito del estudio ha sido comprobar hasta qué punto se cumple en las hablas referidas la regla concerniente a las vocales abiertas y cerradas españolas, señalada en mi *Manual de pronunciación*. Para ello se ha servido Cárdenas del análisis acústico de las inscripciones espectrográficas de una serie de vocablos situados en el marco de sencillas y adecuadas frases. Sus cálculos le han permitido establecer para la vocal de cada ejemplo los exponentes logarítmicos de las frecuencias vibratorias correspondientes respectivamente a la abertura y longitud del canal oral. Es de advertir que en cuanto a la abertura o dimensión vertical, el exponente de frecuencia aumenta a medida que el canal se ensancha, y disminuye a medida que el canal se estrecha; respecto a la longitud o dimensión horizontal, el exponente, por el contrario, disminuye cuando el canal se alarga y aumenta cuando se acorta. Entiéndese, pues, que el exponente vertical en las vocales abiertas debe ofrecer frecuencia más alta que en las cerradas, mientras que el exponente de longitud, inversamente, deberá presentar en las vocales cerradas frecuencia más alta que en las abiertas.

Ante las columnas de cifras del artículo, salta a la vista en primer lugar la amplitud de los márgenes entre los cuales oscilan las variantes de cada vocal. Las de la *e*, por ejemplo, en la diversidad de sus frecuencias, abarcan un extenso campo que por un extremo llega a los límites de la *a* y por el otro a los de la *i*. Del mismo modo las de la *o*, por un lado alcanzan al campo de la *a* y por el otro al de la *u*. Nada más lejos de la uniformidad que la opinión común atribuye a cada una de las cinco vocales españolas. En este sentido, los resultados del análisis acústico, aunque en sustancia no añadan nada nuevo a lo conocido por la fonética descriptiva, constituyen un testimonio valioso y bien venido.

Distinta cuestión es la que se refiere al funcionamiento de tales variantes. Según la interpretación de Cárdenas, las diferencias de timbre que su análisis revela no concuerdan con las reglas que se indican en mi *Manual* respecto a las circunstancias en que las vocales españolas son abiertas o cerradas. Por supuesto, el desacuerdo cabe dentro de lo posible, ya que el *Manual*, fundado en la práctica observada en los medios españoles ilustrados, no pretende condensar ni representar las particularidades fonéticas de toda modalidad de español. Adviértase que, en efecto, el autor no presenta sus datos con espíritu contradictorio sino como justa contribución al estudio de la compleja realidad de la lengua.

Lo que parece extraño no es tanto la aludida disconformidad como el hecho de que, según la interpretación de Cárdenas, las numerosas variedades vocálicas implícitas en sus medidas no respondan a regla alguna. En efecto, el autor hace notar series de ejemplos en que la misma vocal en circunstancias aparentemente idénticas ofrece frecuencias distintas, junto a otros casos en que la misma vocal en circunstancias diferentes presenta iguales frecuencias. Nada parece depender de que la sílaba sea libre o trabada ni tampoco de los sonidos contiguos a la vocal. La impresión de conjunto es la de una situación de completa indisciplina, en contraste con la elaborada precisión y claridad que gene-

ralmente se le reconoce al vocalismo del español normal. Se observa asimismo que tal desorden manifiesta en la inscripción personal del autor mayores proporciones que en la de la persona colombiana. Dada mi relación con Daniel Cárdenas, creo tener la certidumbre de que en su español no ocurre ese género de vacilación fonética.

Es natural que semejante información suscite ciertas dudas. Se hace indispensable penetrar en las densas páginas aritméticas con que se documenta el estudio. Por razones metódicas importa atender primeramente a las vocales acentuadas. Afortunadamente, desde el primer paso se descubre un rayo de luz. Lo ofrecen en la propia inscripción del autor los tres primeros casos correspondientes a la *a*. La frecuencia de esta vocal en sus dos dimensiones presenta las siguientes cifras: *páseme* 650-1400, *pasa* 850-1475, *guava* 900-1250. Hay un ascenso proporcionalmente gradual en estos ejemplos, sobre todo en la significativa primera dimensión. Se comprende que el primer caso corresponde a la variante palatal de la *a*, el segundo a la variante media, y el tercero a la velar. El promedio de coeficientes de frecuencia de la *a* acentuada en *canta*, *pardo*, *hasta*, 750-1466, se sitúa aproximadamente en la proporción de la variante media de *pasa*. Por otra parte, las frecuencias de la *a* de *palpa*, 900-1600, en sílaba trabada por *l*, se asocian más de cerca con la velar de *guava*. Es probable que otros ejemplos como *vaho*, *maula*, hubieran corroborado estas mismas medidas. La semiconsonante *w* suele labializar y ahuecar el timbre de la *a* en *guava* o en *guante*, *cuatro*, del mismo modo que el de la *e* en *fuego*, *bueno*. No puede negarse que, no obstante ciertas discrepancias, los datos citados concuerdan en el fondo con el ordinario tratamiento de las variantes de la *a*.

En la misma inscripción indicada, los casos de *e* acentuada cuya frecuencia vertical muestran mayor abertura son precisamente el de *seis* 675, y el de *peltre* 650, mientras que los de abertura más reducida son los de *lento* 450 y *presta* 550. También en esta ocasión, los dos primeros ejemplos, con la *e* en el diptongo *ei* y en sílaba trabada por *l*, y los dos segundos, con la *e* en sílabas trabadas por *n* y *s*, coinciden justamente con la regla conocida. En varias otras circunstancias la *e* inserta sus frecuencias entre ambos extremos. La de *perro*, en contacto con *rr*, no alcanzó el exponente de abertura que era de esperar, acaso porque la pronunciación de la *rr* no fue vibrante sino fricativa. Evidente vacilación hay que reconocer en la *e* de *quiere*, pronunciada una vez por el autor con frecuencias de 500-2525 y repetida una segunda vez con 625-2100.

En cuanto a la *o* acentuada, la concordancia con la ordinaria norma se advierte entre la variante abierta revelada por *sois* 600, *tonto* 650, *roja* 650, frente a la variante cerrada de *cómo* 400. El hecho de que la *o* de *roba* 475 y la de *corre* 500 aparezcan por debajo de la variante abierta puede obedecer a la misma causa apuntada en el caso de la *e* de *perro*. Por lo demás, la semejanza de frecuencias de la *o* en sílaba libre o trabada, sobre una línea intermedia más inclinada al lado abierto que al cerrado, como se ve en *cuota* 575, *reposo* 575, *polvo* 500, *pórtate* 550, representa una tendencia observada y reconocida en varias zonas hispánicas.

Sabido es que la diferencia de variantes abiertas y cerradas en lo que se refiere a la *i* y a la *u* es relativamente menor que en las demás vocales. Tal diferencia, sin embargo, aparece también atestiguada en la inscripción de Cárdenas. El exponente vertical de la *i* acentuada en sílaba libre en los cuatro ejemplos registrados, *piso*, *pide*, *pido*, *aquí*, muestra un promedio de 331; la misma vocal denota su matiz abierto en sílaba trabada, *mirto*, *vista*, *pildora*, *linda*, con el promedio de 365. La *u* acentuada en sílaba libre *pude*, *puso*, *viuda*, *lucha*, revela un promedio de 318; en sílaba trabada *púrpura*, *gusto*, *juzga*, *junta*, *pulpo*, indica asimismo cierta mayor abertura, con promedio de 375.

Las vocales inacentuadas requieren consideración aparte. Sus modificaciones dependen más sensiblemente, no sólo de la estructura silábica y de los sonidos contiguos sino de su posición inicial, interior o final, de su variable grado de tensión o relajación y aun del ritmo de la palabra o de la frase. Las oscilaciones de su timbre movedizo en unos casos se atenúan y reducen y en otros alcanzan considerable extensión. En la inscripción de Cárdenas, los exponentes de frecuencia de las vocales inacentuadas ofrecen grandes discrepancias. Basta comparar las distancias que se dan con respecto a la *e* en *de* 400-1850, *me* 500-1950, *le* 650-1800. Diferencias semejantes se advierten entre la *o* de la primera sílaba de *corazón* 400-600, la final de *dinero* 500-1200, y la inicial de *oficial* 600-1300. Indicios de significación dialectal pueden verse en la *a* de *libras* 600-1700, cuyos exponentes apenas difieren de los de la *e* de *perro* 600-1800, y asimismo en la primera *o* de *corazón* 400-600, casi coincidente con la *u* de *junta* 400-550. Es acaso en este aspecto de la pronunciación donde el habla del autor refleja los contactos lingüísticos más íntimos entre su tradición hispánica y su formación angloamericana.

En suma, del repaso de los datos que figuran en el estudio de Cárdenas, y en especial de los que se refieren a las vocales acentuadas, no se deduce que las variantes acústicas de tales fonemas se manifiesten en desacuerdo con las reglas del *Manual de pronunciación* ni tampoco que se produzcan con el libre desorden que el autor creyó notar. Su negativa interpretación debió tener por causa el no haber hecho la indispensable discriminación entre las condiciones específicas de los ejemplos que sirvieron de base a su estudio. La consideración en bloque de los exponentes de frecuencia en cada posición de la vocal impidió distinguir las significativas correspondencias de la mayor parte de tales ejemplos con las líneas generales que representan, al parecer, el orden más corriente y general en el vocalismo del idioma.

TOMÁS NAVARRO

Northampton, Mass.

*Chants judéo-espagnols*, recueillis et notés par ISAAC LEVY. Introduction de O. Camby. World Sephardi Federation, London, [1959]; viii + 87 pp.

La inexorable presión hacia la uniformidad cultural que caracteriza el siglo xx nos hará presenciar como una de sus múltiples conse-